

XII Encuentro Internacional Virtual Educa
20-24 de Junio, 2011
Tecnológico de Monterrey, Ciudad de México

La escritura y la huella

Dra. Cecilia Sheridan Prieto

MEH-Universidad Virtual del Sistema Tecnológico de Monterrey

La escritura de la historia es (...) una nostalgia de la realidad.
Michel de Certeau

En el mundo académico mexicano y, sin duda, latinoamericano, la “confianza” en torno a las plataformas virtuales como espacios de socialización del conocimiento y formación de recursos humanos suele ser muy pobre. Una de las preocupaciones que he constatado al exponer las ventajas educativas de un sistema sustentado en plataformas avanzadas y técnicamente factibles, es el del desconocimiento o dificultad de comunicación con los alumnos. La otra, que no deja de ser importante pero que a la vez resulta en un lugar común de cualquier forma de enseñanza (presencial o virtual) y que se deriva de la preocupación anterior, es la de la certeza del proceso de aprendizaje en alumnos de los cuales no se tiene control personal, es decir, la virtualidad puesta en un *nombre* y no en una *persona*.

En esta ponencia me interesa poner sobre la mesa las experiencias derivadas de dichas preocupaciones en mi calidad de profesora en la Maestría en Estudios Humanísticos del ITESM a lo largo de siete años. Más allá de entrar en el ámbito de las ventajas y desventajas de los posgrados virtuales en general, aclaro que mis ideas provienen de un espacio de aprendizaje ampliamente controlado; esto, por dos por dos razones fundamentalmente: por un lado la infraestructura técnica que acompaña la plataforma de aprendizaje y, por otro, el número de alumnos que nunca ha sido mayor a veinte o veinticinco a los que les acompaña en el “paquete” un profesor asistente cuidadosamente elegido por el *staff* académico de la institución.

Michel de Certeau indaga en el papel que la escritura tiene en la construcción de la historia y prologa uno de sus libros más representativo de sus preocupaciones iniciales (o iniciáticas), precisamente *La escritura de la historia* (1978), con una deliciosa interpretación de la llegada de Amerigo Vespucci:

Amerigo Vespucci el Descubridor llega del mar. De pie, y revestido con coraza, como un cruzado, lleva las armas europeas del sentido y tiene detrás de sí los navíos que traerán al Occidente los tesoros de un paraíso. Frente a él, la india América, mujer acostada, desnuda, presencia innominada de la diferencia, cuerpo que despierta en un espacio de vegetaciones y animales exóticos. Escena inaugural. Después de un momento de estupor en ese umbral flanqueado por una columna de árboles, el conquistador va a escribir el cuerpo de la otra y trazar en él su propia historia. Va a hacer de ella el cuerpo historiado – el blasón – de sus trabajos y de sus fantasmas. Ella será América “latina”. Esta imagen erótica y guerrera tiene un valor casi mítico, pues representa el comienzo de un nuevo funcionamiento occidental de la escritura (1993: 10).

La construcción de un relato¹ *texto* correspondería a la escritura contemporánea de la historia de acuerdo a las etapas cronológicas de la escritura de la historia que discute de Certeau (1993: 12). Parafraseando a Michelet refiere al “trato con el mundo muerto” (1993:15) como un mundo diferente al propio que en su definición define un campo seguro: “nuestros queridos muertos entran en el texto porque no pueden ni dañarnos ni hablarnos. Los fantasmas se meten en la escritura, sólo cuando callan para siempre” (1993: 16). De esta reflexión parte su postulado de la interpretación construida a partir de un presente y su objeto; solo “hace cuatro siglos en Occidente que “hacer historia” nos lleva siempre a la escritura” (1993: 19).

¹ Chartier (1998: 197) subraya que desde los textos pioneros de Michel de Certeau y Paul Ricoeur, los historiadores han reconocido que la historia pertenece al género del relato, pero entendido éste en el sentido aristotélico: “poner en intriga acciones representadas”.

En un ambiente virtual de aprendizaje la interacción maestro-alumno se sustenta fundamentalmente en la escritura. Desde la posición del profesor, la lectura de textos, foros, y contactos personales es la puerta más accesible para el conocimiento de sus alumnos: niveles de aprendizaje, de preparación previa, de interés formal por el aprendizaje, etcétera. En un ambiente controlado técnicamente, se gesta desde esta puerta un espacio virtual o “sociedad-red” (Coll y Martí, 2001) en el que las relaciones personales se tornan indispensables para la comunicación, la información compartida y la generación de conocimiento (investigar, producir, organizarse y administrar) (Bustos y Coll, 2010).²

El recurso tecnológico de interconexión y estructuración de redes de conocimiento, considerado por algunos autores como un tipo de aplicación tecnológica o *TIC* (Tecnologías de Información y Comunicación) que estimula la adquisición de conocimiento y de información, así como la construcción conjunta de conocimiento a través de “comunidades” de enseñanza-aprendizaje, funciona a partir del principio de interacción activa entre los participantes del espacio virtual (grupos de discusión y de intercambio entre iguales y con expertos) (Bustos y Cool, 2010: 169). Esta interacción se puede facilitar tanto en un ambiente mixto (oral-escrito) como en un ambiente definido por la escritura: entre ambos ambientes, me parece, media una enorme distancia en cuanto a capacidades de intercomunicación y desarrollo de nuevas ideas.

Un buen punto de partida es la propuesta de Ong cuando afirma que: “Las tecnologías no son sólo recursos externos, sino también transformaciones interiores de la conciencia, y mucho más cuando afectan la palabra” (1997: 85). En entornos virtuales, la relación con los contenidos del proceso de aprendizaje se evalúa desde enfoques “multi-método” (bustos y Coll, 2010) orientados a analizar la participación e interacción desde la

² Respecto a la interacción comunicativa recomiendo el trabajo de Constantino y Álvarez (2010) quienes presentan los resultados de una investigación en ambientes virtuales en Iberoamérica, centrada en los “conflictos” generados en los foros de discusión virtuales, los cuales reflejan una intensa relación comunicativa tal como sucede en los entornos tradicionales de educación formal.

cuantificación de la interacción activa de los alumnos a partir del número de mensajes escritos, leídos e intercambiados; la calidad de las aportaciones individuales en las actividades de aprendizaje, hasta la cantidad y calidad del conocimiento construido conjuntamente. Otros enfoques proponen el análisis estructural de registros de actividad (presencia en el entorno de aprendizaje), el cómo participan (contribuciones que escriben y leen) y las relaciones de reciprocidad en el proceso comunitario del aprendizaje; así mismo, se pondera hacer un análisis de contenido de las contribuciones de los participantes con el fin de definir los *significados* y *sentidos* de las contribuciones que se abordan conjuntamente (Bustos y Coll, 2010).

En este sentido, la palabra escrita adquiere sentido cuando juega un papel protagónico en la comunicación. Pero, como afirma Barthes (2005) la escritura impone un más allá del lenguaje que es a la vez Historia; y el estilo, entonces, es algo que aflora de la biología y del pasado del escritor, es huella: “así, bajo el nombre de estilo, se forma un lenguaje autárquico que se hunde en la mitología personal y secreta del autor” (Barthes, 2005: 18). No pretendo entrar al análisis de la relación entre lengua y escritura, pero considero que la intención del “estilo” explica en gran medida el acercamiento individual a los participantes de un espacio de aprendizaje virtual. En mi experiencia docente virtual he constado en diversas ocasiones que la expresión escrita define a los individuos y permite acercarse a la posibilidad de tocar su pensamiento sin necesidad de constatar su características físicas o el sonido de sus palabras.

El área de especialidad de la maestría en la que participo como docente es la de Historia. No es casual entonces mi interés por la escritura como punto de partida para comprender la individualidad de los alumnos a quienes me ha tocado *conocer*. La palabra escrita pareciera marcar un territorio como espacio de identidad en el que el individuo se asocia a una forma de ser y de ver que no le fue dado elegir, sino que se inscribe en un territorio subsidiario de una determinada formación cultural.

Aprender el oficio de historiar involucra un post-aprendizaje de la escritura que perfecciona la memoria primaria de los signos y las palabras. En las expresiones más áridas del pensamiento, la escritura se instala como una marca indeleble que hace historia para instalarse en el pensamiento de otros: somos lo que la escritura nos ha hecho. En ocasiones “a través del ejercicio de la palabra, la memoria y la escritura” (Colmeiro, 2005: 156), la escritura se asocia a una *catarsis* de la memoria o del trauma histórico social y personal, una especie de exorcismo de los fantasmas del pasado, y es así como la memoria se transforma en Historia. En otras, la escritura roba la esencia más íntima del pensamiento creativo en el que la imaginación se transforma en la loca de la casa y “renuncia a la esperanza de un modelo único de comprensión” (Jitrik, 1995:9) para transformar la narración en Historia.

La escritura en el entorno virtual se torna diversa y absolutamente reconocible en su origen cuasi biológico. Lo escrito se asienta y el intercambio provoca reflexión y, en el mejor de los casos, la creación de conocimiento colectivo. Me imagino los riesgos sobre tal identidad impuesta desde la escritura y coincido con Chartier en que saber leer y escribir son “herramientas mentales” con historia cuya expresión más cierta es la de reconocerse a la escritura como una tecnología particular que ha permitido tratar el lenguaje (inmaterial) como significados simbólicos que proveen de herramientas para construir y deconstruir la realidad. Los participantes leen a los otros, son leídos y se leen a sí mismos: difícil acción ésta última. En el proceso de escribir, leerse, leer y ser leído se desata un arduo proceso de construcción y deconstrucción del pensamiento, materia fundamental del quehacer del historiador. Aprender el *oficio* se desvela como una ardua tarea de transformación personal que rebasa toda intención originaria del *querer ser* historiador, pensada como la reconstrucción de hechos del pasado para dar cuenta de los errores y prevenir el futuro inmediato. El presente no existía en el origen de sus preocupaciones más íntimas, solo el pasado como enseñanza y la verdad incuestionable de lo “acontecido”. A la pregunta ¿para qué la historia”, el presente queda preso en la

certeza de que el pasado no se repetirá; la historia como la ciencia de la “futurológica” (Le Goff, 2005: 10):

La utilidad de la Historia es dejarnos un registro de lo que se ha realizado, acontecido o mal hecho durante la historia del ser humano, que ha sido útil para comprendernos mejor y evitar ciertos errores. Nos ayuda a contextualizarnos a través del tiempo. Es el legado escrito de la sociedad al futuro (ALAG, HI-TEC 2004).

En otros casos, la historia fue equipara al *progreso* en la noción más inmediata del presente o la oposición dialéctica entre pasado/presente y/o presente/pasado, expresada en la atribución del valor del *progreso* característica del Siglo de las Luces como “la visión optimista” de la historia (Le Goff, 2005 :9-10):

¿Qué hubiera pasado si el hombre primitivo no hubiera pasado a sus descendientes “la fórmula mágica de cómo crear fuego”?, bueno pues creo que probablemente el hombre seguiría existiendo sobre la faz de la tierra, pero muy probablemente no sería un hombre (MECM. HI-TEC, 2004).

Le Goff anota una cuestión fundamental que no está fuera del pensamiento más elaborado de algunas escrituras virtuales en el curso de historia e Interdisciplinariedad: “la idea de la historia como historia del hombre ha sido sustituida por la idea de historia como historia de los hombres en sociedad” (Le Goff, 2005: 10):

Al final de cuentas tal vez no sea tan importante conocer el pasado “tal como ocurrió” sino saber que la interpretación que otras personas han hecho a “su pasado” les ha dado significado a su propio presente. Toda historia es interpretación y en esta interpretación encontramos un diálogo fecundo entre hoy y el ayer que nos permite reconocer nuestra propia identidad en el “otro” (DLD, HI-TEC, 2004).

En el proceso se inicia la deconstrucción de las certezas y se batalla intensamente en relación a la noción de *verdad*. Salir del túnel del “positivismo triunfante

en la historiografía alemana (Ranke) o francesa (Langlois y Seignobos)” de finales del siglo XIX y principios del siglo XX implica un importante esfuerzo de análisis de sí mismo y de los otros: romper esa certeza es semejante a perder una infancia estructurada y simple en la que no existe un pasado de problemas irreparables. Quienes logran llegar a la salida del túnel se han inmerso en la *historia-problema* (Febvre) y han descubierto, no sin asombro, el pensamiento de un largo siglo casi reciente (XX) en el que “historiadores y filósofos se esforzaron por encontrar y definir las leyes de la historia” (Le Goff, 2005: 12).

Antes de adentrarme en las lecturas de este curso, tenía una noción bastante primitiva de todo lo involucrado con la Historia y su relación con las demás ciencias sociales. Se trata de una disciplina compleja (...) de una ciencia que se ve involucrada no sólo con ciencias como la sociología y la antropología (...) /también/ la literatura (JRM, HI-TEC, 2004).

Igualmente la *objetividad* mueve conciencias como problema de la interpretación, acusando “la toma de conciencia de la construcción del hecho histórico, de la no inocencia del documento” y del riesgo de la manipulación consciente e inconsciente (Le Goff, 2005:12). Entonces toma sentido el leerse, leer y ser leído en el contexto de la discusión entre pares, el debate, la crítica para empezar a sentirse parte de la “lenta marcha hacia la objetividad” (Le Goff, 2005:35) expresada por Paul Ricoeur y Adam Schaff. Chartier (2005) insiste en que los enunciados del historiador (y el texto en su conjunto) deben ser sometidos a la discusión: “La paradoja del historiador es la de unir el discurso con eso que no es él: lo real”.

Bibliografía

- Barthes, Roland
1981 *El grado cero de la escritura*, España: Siglo XXI Editores
- Bustos Sánchez, Alfonso y César Coll Salvador
2010 "Los entornos virtuales como espacios de enseñanza y aprendizaje. Una perspectiva psicoeducativa para su caracterización y análisis", en: *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, Vol. 15, Núm. 44, pp. 163-184, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, México.
- Certeau, Michel de
1993 *La escritura de la historia*, México: Universidad Iberoamericana.
- Chartier, Roger
1998 "La historia entre representación y construcción", *Prismas. Revista de historia intelectual*, no.2, pp. 197-207.
- Chartier, Roger
2005 *El presente del pasado. Escritura de la historia. Historia de lo escrito*, México: Universidad Iberoamericana.
- Coll, C. y Martí, E.
2001 "La educación escolar ante las nuevas tecnologías de la información y la comunicación", en: C. Coll, J. Palacios A. Marchesi (comps.), *Desarrollo psicológico y educación. 2. Psicología de la educación escolar*, Madrid: Alianza, pp. 623-655.
- Colmeiro, José F.
2005 *Memoria histórica e identidad cultural: de la Postguerra a la postmodernidad*, Barcelona: Anthropos Editorial.
- Constantino, Gustavo D. y Guadalupe Álvarez
2010 "Conflictos virtuales, problemas reales. Caracterización de situaciones conflictivas en espacios formativos", en: *Revista Mexicana de investigación Educativa*, Vol. 15, Núm. 44, enero-marzo, 2010, pp.: 65-84, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, México.
- Jitrik, Noé
1995 *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Le Goff, Jacques
2005 *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*, Barcelona: Paidós.
- Ong, Walter J.
1997 *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México: Fondo de Cultura Económica.